

AGENDA CIUDADANA

DOS CRISIS VECINAS Y DISTANTES

Lorenzo Meyer

Las comparaciones.- Las comparaciones son odiosas pero inevitables e incluso pueden resultar útiles. Aristóteles uso con gran éxito la comparación para elaborar algunas de las primeras hipótesis de la ciencia política y desde entonces el método sigue usándose. Comparar a México con Estados Unidos puede ser equivalente a poner juntas peras con manzanas, pero a veces es justamente esa clase de contraste la que arroja los resultados más interesantes.

Las crisis políticas que actualmente tienen lugar a ambos lados del Río Bravo ofrecen varios puntos de comparaciones que pueden ayudar a comprender la naturaleza de cada uno de los dos sistemas. En realidad, desde hace tiempo y de manera consciente o inconsciente, algunos estudiosos han tomado como punto de referencia el proceso histórico de construcción nacional norteamericano para, por contraste, entender mejor la naturaleza de las instituciones políticas, económicas, sociales y culturales mexicanas, desde la época colonial hasta hoy. Así, por ejemplo, entrar en la historia del capitalismo en los Estados Unidos, particularmente a partir del siglo XIX, permite, a quien estudia el mismo fenómeno en México (o en cualquier otra parte), entender mejor el porqué del atraso y del desarrollo. Y lo mismo ocurre al intentar elaborar una historia de la Iglesia o de las universidades, del ejército o los procesos de migración, de la presidencia o de las elecciones, por citar sólo algunos casos obvios.

El Punto de Partida.- Tanto la crisis política norteamericana como la mexicana se centran en una misma institución clave: la presidencia. Y el torbellino en que se

encuentran ambas ejecutivos puede ser visto desde la perspectiva del conflicto entre el presidente y el marco legal o de su relación con la sociedad, la economía, la oposición, los partidos, los medios de comunicación, el mundo externo, etcétera.

La Legalidad.- En el caso norteamericano, la razón formal de una crisis que puede desembocar en una mera humillación de la figura presidencial o en su renuncia o enjuiciamiento, parte de la politización de una conducta personal que normalmente no es objeto de tales consideraciones: la relación amorosa del presidente con una joven becaria del personal adscrito a la Casa Blanca. Sin embargo, por razones ampliamente difundidas, un fiscal especial que investigaba, sin mayor éxito, por cierto, un posible ilícito financiero del presidente cuando éste aún no llegaba a la presidencia, recibió información del *affaire* presidencial por la vía de una conveniente llamada telefónica de una supuesta amiga y confidente de la joven becaria. Al percatarse de las posibilidades jurídico-políticas del asunto, el fiscal –un enemigo abierto del presidente-- de inmediato puso a trabajar toda la maquinaria a su disposición para transformar una investigación sobre mal manejo de influencias políticas y bienes raíces, en uno de perjurio presidencial al mentir sobre la naturaleza de sus relaciones extramaritales. Así, los enemigos del presidente han logrado finalmente usar una de sus conocidas debilidades personales para acusarlo formalmente de violar la ley al mentir ante un jurado. El punto no es la moral privada del presidente, sino la pública: el engañar deliberadamente a la autoridad judicial. Para los enemigos del presidente poco importa lo banal y ridículo del motivo formal de la acusación, sino el aprovechar a fondo las formalidades para echar de la Casa Blanca no sólo al presidente, sino a su partido y a los intereses que ambos representan.

En contraste, en México, la crisis presidencial no tiene su origen principal en problemas relacionados con la personalidad del presidente, aunque estos no están ausentes del todo. La conducta personal del antecesor del actual presidente --la escandalosa corrupción en el seno de una familia que hizo de la presidencia un gran negocio privado--, contribuyó en mucho a acelerar y profundizar la actual crisis que, finalmente, es más de la presidencia que del presidente. En la época de esplendor del orden que hoy esta muriendo en México, la presidencia controlaba las principales variables económicas, el proceso electoral, las acciones de la burocracia, los gobiernos locales, la vida del sistema de partidos, las relaciones entre las organizaciones de clase, los medios de información, etcétera. Ese sistema esta hoy en un acelerado proceso de desmantelamiento pero el presidente simplemente no sabe como conducir ese proceso o la presidencia.

Como en el caso norteamericano, pero de una manera mucho más seria y profunda, la actual crisis estructural de la presidencia mexicana, también se puede explicar como un problema legal. Fobaproa y la crisis bancaria es hoy el símbolo de la arrogancia, abuso del poder, irresponsabilidad y corrupción de la presidencia en su sentido más amplio: una conspiración no para negar una simple relación sexual sin importancia del presidente como es el caso en Estados Unidos, sino para ocultar una relación ilegítima entre banqueros y empresarios con presidentes, secretarios de Estado y la alta burocracia financiera. El objetivo de la conspiración era echar sobre las espaldas del conjunto de la sociedad el peso del pago de los errores y malos manejos de unos cuantos y que asciende a una cifra escandalosa, en México o en cualquier otro país.

La Relación con la Sociedad.- En Estados Unidos la naturaleza de la crisis ha permitido a la opinión pública reaccionar de inmediato y tener ya un impacto en el proceso. Las encuestas de opinión son muy bien llevadas y difundidas, y han mostrado que aunque la mayoría del público reprueba la conducta personal del presidente, esa misma mayoría (dos terceras partes) no desea que el jefe del Ejecutivo renuncie o sea llevado a juicio ante el Poder Legislativo. En México, la opinión pública tiene un peso mucho menor que en el país vecino, pero en cualquier caso, las encuestas, cuando las hay, muestran que el presidente, en lo personal, no es particularmente mal visto por el público. Por contraste con su antecesor, el ciudadano aprecia que en actual presidente no se perciba ni la enfermiza ambición de poder ni la voracidad de acumular riqueza personal, como ocurrió varias veces en el pasado. Ahora bien, si pese a todo, en Estados Unidos hay grupos que le dan un apoyo activo pleno e incondicional al presidente, como es el caso de la minoría de color, en México no hay el equivalente: ni el presidente ni la presidencia despiertan entusiasmo en nadie, ni siquiera dentro del partido en el poder.

Los Partidos.- Tanto en Estados Unidos como en México, la crisis es causa y efecto de un choque fuerte, a fondo, entre el presidente y la oposición. Pero ahí no se detiene la similitud. En Estados Unidos muchos miembros importantes del partido del presidente han tomado distancia del líder, le han criticado, y no quieren que el votante los relacione con un presidente herido, manchado. En México, si algo caracterizó al partido en el poder en su época de esplendor, fue una fidelidad y obediencia casi caninas ante el presidente; en público y frecuentemente también en privado, los cuadros del partido de Estado no se atrevían a criticar y menos a desafiar las directivas

presidenciales. Hoy, esa disciplina a la soviética prácticamente ha desaparecido. El jefe del Ejecutivo es cuestionado en privado y abiertamente desafiado en público por algunos de los suyos; en casi cada estado el poder dentro del partido del presidente lo han tomado los caciques y la lucha interna se hace a la vista de todos. Ese partido hoy se resquebraja y el presidente es incapaz de imponerle disciplina y unidad y, menos, sentido a su acción.

La Economía.- En el contexto económico las crisis presidenciales de México y Estados Unidos contrastan y mucho. Y no sólo porque al norte de la frontera hay mucho más riqueza que al sur, sino porque los problemas del presidente norteamericano no surgen de la economía y se desarrollan dentro de un clima de prosperidad y crecimiento. Al norte del Bravo hoy se combinan tasas muy bajas de inflación y desempleo con disminución absoluta de la pobreza según los indicadores más recientes. Los últimos vaivenes de las acciones en Wall Street y el peligro de derrumbe global de los mercados aún no tienen relación con la actividad económica cotidiana. Y esa sensación de prosperidad hace que el público sea muy benigno ante los pecadillos sexuales y legales de su presidente. En contraste, la crisis de la presidencia mexicana se da en el contexto de una economía que lleva 17 años de no poder encontrar el camino de la estabilidad y el crecimiento, que hizo fracasar el slogan presidencial de “bienestar para tu familia” y que hoy es, como pocas veces en su historia, juguete de los movimientos internacionales del capital especulativo. Los buenos tiempos económicos que, pese a todo, aún vive Estados Unidos, absorben parte de los golpes que recibe la presidencia norteamericana, pero en el caso de la mexicana ocurre exactamente lo contrario: los malos tiempos los magnifican.

La Oposición.- El objetivo de todo partido de oposición es llegar al poder, y en el caso norteamericano los republicanos están agrandando al máximo algo que, en principio no tiene importancia o sustancia política –Macarthismo sexual, se le llama-- para lograr su retorno a la presidencia en el año 2,000. Si, finalmente, el presidente actual renuncia o es enjuiciado, mala suerte para él, pero el entramado institucional norteamericano es tan sólido que no sufrirá daño importante. En notable contraste, la crisis de la presidencia mexicana es, a la vez, la crisis de todo un régimen político. La conducta que en esta coyuntura adopten los principales actores --en particular los dos grandes partidos de oposición-- es fundamental, pues en nuestro caso no se trata, como en Estados Unidos, simplemente de usar la debilidad de un presidente para forzar el resultado de una elección más, sino que en cada una de las elecciones mexicanas actuales, las locales y, sobre todo, la presidencial del 2000, se juega la estabilidad y el futuro del país.

La crisis norteamericana es espectacular por el enorme peso que Estados Unidos tiene dentro del sistema internacional, pero en el fondo es un asunto de poca monta, ridículo, de forma y no de contenido. En contraste, la mexicana, es asunto muy serio, aunque también tenga momentos risibles y ridículos. En el proceso mexicano se esta, a la vez, destruyendo el viejo tejido institucional y construyendo el nuevo; los éxitos o errores sustantivos que hoy se cometan –por ejemplo, la creación y consolidación del IFE por un lado y el descontrol de los caciquismos locales, por el otro-- tendrán consecuencias históricas.

Lo Importante, Relegado.- Finalmente, las dos crisis presidenciales consumen una gran cantidad de energía que debería usarse para enfrentar los temas serios. En

la agenda norteamericana, el presidente debería estar dedicado a hacer frente a lo que *The Economist* llama ya la “crisis económica global” o “la disolución” de la economía global (5 de septiembre, 1998) que amenaza pasar de Asia y Rusia a los mercados emergentes y, finalmente, llegar a las costas de las economías centrales. Pero la Casa Blanca no encuentra la manera de enfocar la atención de los actores políticos y del público de su país en este gravísimo problema.

En México, la imposibilidad, el rechazo o ambas cosas a la vez, del presidente a la posibilidad de usar constructivamente la enorme energía social liberada por la disolución del viejo autoritarismo, impiden que el Ejecutivo pueda ser el líder que la situación requiere. El presidente simplemente está empantanado en una serie de frentes: la rebelión chiapaneca, el Fobaproa, la lucha contra el crimen organizado, la balcanización de su partido, etcétera. Los huracanes desatados por el flujo y reflujo de los capitales y mercados financieros internacionales, requieren que la mano en el timón mexicano sea una en la que el público tenga confianza y respeto, pero hoy no es ese precisamente el caso. Una transición mexicana a la democracia sería más segura con un tipo de presidente y de presidencia que simplemente hoy está ausente. En suma, la crisis presidencial mexicana, mucho menos aparatosa que la norteamericana, es, en términos relativos, más, mucho más seria que la de su vecino.